



Universidad del Istmo
Lección inaugural del año académico 2025
19 de febrero del 2025

Dictada por la Dra. Fernanda Llergo Bay
Rectora General de la Universidad Panamericana y el IPADE. México

Universidad e identidad: el reto de ser y trascender

Con una especie de atroz simplismo, extirpamos
el órgano y exigimos la función. Formamos
hombres sin corazón y esperamos de ellos virtud
y arrojo. Nos burlamos del honor y después nos
sorprende descubrir traidores entre nosotros.
Castramos y esperamos fertilidad.
—C.S. Lewis—

A lo largo de la historia, las instituciones han evolucionado para responder a los cambios en la sociedad, la cultura y el conocimiento. Algunas han desaparecido con el tiempo, otras se han transformado por completo, y unas pocas han logrado mantenerse vigentes sin perder su esencia. Entre estas últimas, la Universidad ocupa un lugar especial. Desde sus orígenes, ha sido más que un espacio de formación profesional: ha sido un pilar fundamental en la construcción del pensamiento, en la generación de conocimiento y en la configuración de las sociedades. Sin embargo, en la actualidad, la Universidad enfrenta un reto inédito. No se trata solo de adaptarse a nuevas metodologías, integrar tecnologías emergentes o responder a las demandas de un mundo en transformación; el desafío es más profundo. En medio de una acelerada transición global, la Universidad debe preguntarse no solo cómo cambiar, sino qué debe preservar para seguir siendo ella misma.

Este problema toca una cuestión central en la historia de las ideas: el debate sobre la identidad y el cambio. Desde hace siglos, los pensadores han reflexionado sobre cómo algo puede transformarse sin dejar de ser lo que es. En la filosofía occidental,

Heráclito expresó esta inquietud en su famoso fragmento: “No podemos bañarnos dos veces en el mismo río”, subrayando que todo está en constante cambio. Este principio, conocido como *panta rhei*, plantea un dilema que también afecta a las instituciones: si todo se transforma, ¿qué mantiene su continuidad? Esta pregunta no es meramente teórica; es una preocupación práctica que impacta a la Universidad en el presente. ¿Sigue siendo la misma, a pesar de los cambios en su estructura, su financiamiento, sus métodos y su relación con la sociedad? ¿O se encuentra en un punto de inflexión donde corre el riesgo de perder su propósito original?

Durante mis años universitarios, tuve un compañero que representaba a la perfección este dilema. Él siempre insistía en que lo único que importaba era terminar la carrera rápido, obtener un título y conseguir un buen empleo. No le interesaban los cursos que no tuvieran aplicación directa en el mercado laboral, y solía decir con ironía: “¿Para qué quiero leer filosofía si no me va a pagar las cuentas?”. Un día, en una clase sobre Antropología, el profesor lanzó una pregunta aparentemente sencilla pero inquietante: “¿Creen que la educación debe servir únicamente para conseguir empleo?”. Mi compañero respondió de inmediato que sí, que ese era el único propósito realista. Sin embargo, la discusión que se desató en el aula hizo que la cuestión se volviera más compleja. Algunos argumentaban que la universidad debía formar ciudadanos críticos, capaces de cuestionar las estructuras existentes. Otros defendían que el conocimiento, en sí mismo, tiene un valor más allá de su utilidad inmediata.

Al final de la clase, el profesor cerró la discusión con una reflexión que quedó grabada en mi memoria: “Si reducimos la educación a una simple transacción económica, dejamos de pensar en lo que realmente significa ser educado”. Fue en ese momento cuando noté un cambio en mi compañero. Durante el resto del semestre, empezó a participar más en las discusiones y, aunque nunca abandonó su postura pragmática, comenzó a reconocer que la universidad podía ser algo más que una simple herramienta para escalar socialmente. Esta experiencia me recordó lo que Fischman y Gardner plantean en *The Real World of College*: la educación no debe limitarse a la adquisición de habilidades técnicas, sino que debe ser una experiencia de transformación personal e intelectual (Fischman & Gardner, 2022). A fin de cuentas,

la verdadera pregunta no es solo qué obtenemos de la universidad, sino en qué tipo de personas nos convierte.

Un cambio de época

La cuestión se vuelve aún más urgente en un contexto donde cada vez más académicos y centros de pensamiento sostienen que no estamos simplemente en una época de cambios acelerados, sino en un auténtico cambio de época. La diferencia no es trivial: mientras que una época de cambios implica transformaciones dentro de un mismo marco conceptual, un cambio de época supone la transición hacia una nueva forma de comprender y estructurar la realidad. A lo largo de la historia, la humanidad ha experimentado cuatro grandes períodos: Prehistoria, Antigüedad, Edad Media y Modernidad. La posibilidad de que estemos ingresando en una quinta gran época sugiere que las instituciones que han sostenido el pensamiento durante siglos—incluida la Universidad—se enfrentan a una transformación sin precedentes.

Sin embargo, este cambio no está impulsado únicamente por la tecnología o las dinámicas económicas, sino sobre todo por una transformación en la cosmovisión. Las grandes transiciones históricas han estado marcadas no solo por innovaciones técnicas, sino por cambios en los valores y en la manera en que las sociedades conciben el conocimiento y el sentido de la vida. En este contexto, el verdadero reto de la Universidad no es simplemente adaptarse a las nuevas tecnologías, sino redefinir su papel en este nuevo paradigma.

Ante este panorama, la Universidad enfrenta una disyuntiva crítica. No basta con modernizarse o responder a las exigencias del presente; es necesario reafirmar su identidad y generar conciencia sobre ella. Una institución que pierde de vista su propósito corre el riesgo de volverse irrelevante o incluso de desaparecer. La adaptación a los signos de los tiempos es importante, pero si se hace sin un sentido claro de dirección, lo que parece evolución puede terminar en disolución. En este sentido, el desafío de la Universidad en este cambio de época no es solo ajustarse a las nuevas realidades, sino hacerlo sin perder aquello que la ha hecho una institución única e indispensable para la humanidad.

Así, la reflexión sobre la identidad sigue siendo clave para comprender la permanencia y transformación de individuos e instituciones. La gran pregunta que queda abierta es si la identidad de la Universidad depende exclusivamente de su historia y valores fundacionales, o si, por el contrario, se define por la continuidad de sus prácticas y funciones dentro de la sociedad. Responder a esta cuestión no solo es fundamental para la Universidad misma, sino para la forma en que, como sociedad, entendemos el conocimiento y su lugar en el mundo.

Para comprender mejor esta problemática, la presente lección se organizará en cuatro secciones que responden a una progresión conceptual. En primer lugar, se examinarán los orígenes históricos de la Universidad, estableciendo así el marco de referencia para entender su evolución. A continuación, se analizará el desafío de la innovación y la tensión entre la preservación de la tradición y la necesidad de cambio, un dilema central en el desarrollo institucional universitario. En tercer lugar, se explorará el papel fundamental de la búsqueda desinteresada de la verdad como principio rector de la Universidad. Finalmente, se reflexionará sobre la Universidad como una apuesta por la comunidad intelectual, resaltando su dimensión colectiva y su función como espacio de diálogo y construcción del conocimiento. Estos cuatro momentos nos ayudarán a comprender la Universidad no solo como una institución con un legado histórico, sino también como un proyecto en constante transformación, cuyo sentido se articula entre la tradición, la verdad y la comunidad.

I. Los orígenes históricos de la universidad

Para comprender el papel actual de la Universidad y su capacidad de responder a los desafíos contemporáneos, es fundamental volver a sus orígenes. La identidad de la Universidad no se encuentra únicamente en su estructura institucional, sino en sus motivos fundacionales y en la misión que le dio sentido desde sus inicios. Su historia demuestra que, más que una simple escuela de formación profesional, la Universidad ha sido un espacio de generación de conocimiento y de comunidad, lo que ha permitido su permanencia a lo largo de los siglos.

Las primeras universidades con plena conciencia de sí mismas surgieron en los primeros decenios del siglo XIII en Europa, con ejemplos emblemáticos como París, Bolonia, Oxford y Salamanca. En ese periodo se fundaron catorce universidades, lo que evidencia la relevancia del siglo XIII en la consolidación de esta institución y explica el largo periodo de estabilidad que siguió. Su origen estuvo marcado por dos factores fundamentales: el auge de los estudios liberales, que dio lugar a los *Studia Generalia*, y la pujanza de la cultura gremial, que impulsó la formación de comunidades de estudiantes y profesores. Algunas universidades fueron fundadas por los propios profesores, como París, mientras que otras nacieron a partir de los estudiantes, como Bolonia. Este modelo de universidad comunitaria, basado en el principio de cooperación entre maestros y alumnos, fue una aportación original del Occidente cristiano y tenía como misión central la búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia humana a partir de la tradición.

La Universidad desempeñó un papel esencial en el anterior gran cambio de época, cuando la humanidad transitó de la Edad Media a la Modernidad. La educación superior no solo sobrevivió a esta transformación, sino que ayudó a configurarla, consolidándose como una institución clave en la estructura social. Durante el siglo XVI, el modelo universitario europeo se expandió a América con la fundación de las primeras universidades en Santo Domingo, México y Lima. En Norteamérica, aunque Harvard y Virginia surgieron en el siglo XVII, no recibieron el reconocimiento formal como universidades hasta después de la independencia de las trece colonias.

Sin embargo, un punto de inflexión en la historia universitaria ocurrió en el siglo XIX, cuando las universidades, que hasta entonces habían mantenido una independencia significativa frente a los poderes civiles, comenzaron a vincularse cada vez más estrechamente con el Estado. Este modelo, conocido como la Universidad napoleónica, se propagó rápidamente por Europa, aunque encontró resistencia en Inglaterra y Norteamérica. Como consecuencia, la Universidad dejó de ser una sociedad intermedia autónoma dentro del entramado social y pasó a convertirse en un órgano subordinado a los intereses estatales. Su misión paradigmática cambió drásticamente: la búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia cedió ante una nueva orientación basada en la certeza, la utilidad y el progreso material.

La Ilustración reforzó esta transformación al imponer una racionalidad simétrica y clasificatoria que llevó a la especialización y, más adelante, a la hiperespecialización del conocimiento. Las disciplinas académicas fueron divididas en compartimentos estancos, lo que facilitó la transmisión del saber, pero redujo la perspectiva integral de la realidad. Como resultado, la Universidad comenzó a distanciarse de la sociedad y a volverse autorreferencial, enfocándose más en la eficiencia y en la formación de especialistas que en la reflexión sobre el conocimiento en su conjunto.

Durante el siglo XX, esta transformación culminó con la consolidación de la universidad nacional, concebida como un instrumento al servicio del Estado moderno. Su principal función pasó a ser la formación de profesionales útiles para el desarrollo económico y la movilidad social, un modelo que sigue vigente en muchos países, especialmente en aquellos con una fuerte tradición latina-germánica. Sin embargo, este modelo, que durante décadas pareció exitoso, ha comenzado a mostrar signos de agotamiento en el siglo XXI.

Los desafíos actuales no pueden ser abordados desde la misma estructura universitaria que emergió en el siglo XIX y se consolidó en el siglo XX. La Universidad se enfrenta hoy a una crisis de identidad, ya que el cambio de época histórica que estamos viviendo exige una transformación paradigmática de gran calado. Por primera vez en su historia, la Universidad no solo debe adaptarse a nuevas condiciones externas, sino que debe replantearse su razón de ser. No basta con integrar nuevas tecnologías o reformar sus métodos de enseñanza; es necesario recuperar el sentido profundo de su misión y definir su papel en una sociedad en transformación.

Ante este panorama, la gran pregunta que se plantea es si la Universidad será capaz de redescubrir su identidad sin perder de vista las exigencias del presente. Su desafío no es solo cambiar con los tiempos, sino hacerlo sin olvidar aquello que la ha definido desde su origen: la búsqueda del conocimiento y la formación de una comunidad intelectual. En un mundo en constante cambio, su supervivencia dependerá de su capacidad para equilibrar tradición e innovación, para "sembrar flores nuevas en raíces viejas" sin traicionar su esencia.

II. Desafío de la innovación y el equilibrio entre tradición y cambio

La Universidad ha evolucionado a lo largo de los siglos para responder a las necesidades del conocimiento y de la sociedad. Sin embargo, en su proceso de transformación, ha enfrentado una tensión constante entre preservar su identidad histórica y adaptarse a nuevas metodologías y modelos de enseñanza. En tiempos recientes, el debate sobre la innovación en la educación universitaria se ha intensificado, con posturas que oscilan entre el rechazo a los cambios tecnológicos y la aceptación acrítica de cualquier novedad. Sin embargo, la verdadera cuestión no es si la Universidad debe cambiar o no, sino cómo debe hacerlo sin perder su esencia.

Desde su fundación en el siglo XIII, la Universidad ha vivido en una constante tensión entre tradición e innovación. A lo largo de los siglos, ha sabido equilibrar estos dos polos, preservando su esencia sin resistirse a la evolución. No se trata de conservar el pasado de manera rígida ni de asumir acríticamente cada nueva tendencia, sino de encontrar la manera de custodiar lo inmutable—su identidad—mientras se adapta a los desafíos del mundo contemporáneo. Alejandro Vigo, señala que esta institución enfrenta un doble desafío: mantenerse fiel a sus principios fundacionales y, al mismo tiempo, adaptarse a las nuevas realidades sociales y científicas (Vigo, 2023). No se trata de una dicotomía irreconciliable, sino de una paradoja que requiere equilibrio. La innovación no debería entenderse como una ruptura con la tradición, sino como una evolución coherente con la misión universitaria. El reto, entonces, es saber distinguir entre cambios que realmente enriquecen la educación y aquellos que simplemente alteran su forma sin transformar su fondo.

En este contexto, es importante considerar lo que podría llamarse la paradoja de lo nuevo. Se tiende a pensar que todo cambio es necesariamente una mejora, pero para que algo sea realmente innovador, no puede surgir de la nada ni romper por completo con el pasado. La Universidad tiene una misión que no se agota en la transmisión de información, sino que implica formar intelectualmente a los estudiantes, dotándolos de herramientas para la reflexión crítica y la búsqueda del conocimiento. El riesgo de una innovación mal entendida es confundir la accesibilidad con el aprendizaje

profundo, como demuestra la experiencia de algunos docentes que han observado cómo sus alumnos, acostumbrados a depender exclusivamente de herramientas digitales, consideran que la ausencia de información inmediata en buscadores como Google o bases de datos en línea equivale a la inexistencia del conocimiento sobre un tema. Este fenómeno refleja cómo el acceso instantáneo a datos no sustituye el proceso de búsqueda y análisis que implica la verdadera educación universitaria.

Carlos Llano advierte sobre un fenómeno que él denomina “el efecto del ancla”, que consiste en la tendencia a aferrarse a la primera información recibida y tomarla como verdad absoluta (Llano, 2003). Este problema se vuelve aún más significativo en un entorno donde la inmediatez de la información digital genera una falsa sensación de conocimiento. La Universidad, en este sentido, no solo debe formar en contenidos, sino en hábitos intelectuales que permitan a los estudiantes cuestionar, contrastar y construir conocimiento de manera crítica. Innovar en la enseñanza no significa cambiar por cambiar, sino desarrollar un pensamiento original que no acepte sin cuestionamiento lo que ya está estructurado. Para que haya una verdadera transformación en el aula, es necesario fomentar una mentalidad crítica y creativa que no dependa exclusivamente de las tendencias tecnológicas del momento, sino que sepa utilizarlas con discernimiento.

El problema se agrava cuando la innovación se reduce a un cambio de herramientas sin modificar realmente el proceso educativo. En muchas universidades, se ha asumido que el uso de tecnologías emergentes como la inteligencia artificial, los entornos virtuales de aprendizaje inmersivo o las plataformas de evaluación automatizada representan una mejora en la educación. Sin embargo, si estas herramientas no están integradas en un modelo pedagógico que incentive el pensamiento crítico y la comprensión profunda, el riesgo es que la enseñanza se convierta en un ejercicio meramente instrumental, donde la información es consumida rápidamente sin generar una verdadera apropiación del conocimiento. Un claro ejemplo de esto es la tendencia a utilizar asistentes de inteligencia artificial generativa para resolver tareas académicas sin que el estudiante desarrolle las habilidades necesarias para analizar o sintetizar por sí mismo.

La docencia universitaria no puede reducirse a la transmisión de información ni a la aplicación acrítica de herramientas digitales. La educación es un arte que requiere conocimiento, profundidad y capacidad de diálogo con el mundo contemporáneo. En este sentido, la Universidad enfrenta dos riesgos igualmente problemáticos. Por un lado, está la posibilidad de apearse demasiado a lo establecido, lo que puede llevar a una enseñanza rígida y desconectada de los cambios en la forma en que las nuevas generaciones aprenden. Por otro lado, existe el peligro de innovar sin criterio, creyendo que la tecnología y las metodologías disruptivas pueden reemplazar la enseñanza tradicional sin consecuencias.

El verdadero reto es encontrar un equilibrio entre ambos extremos. No se trata de aferrarse a lo conocido por comodidad ni de aceptar lo nuevo sin reflexión. La innovación en la enseñanza debe partir de un núcleo inmutable, que es la búsqueda de la verdad, y complementarse con herramientas que potencien ese objetivo sin desvirtuarlo. El aprendizaje humano sigue dependiendo, como siempre, de la intuición, la deducción y la reflexión. Aunque los medios para acceder al conocimiento han cambiado, la esencia del aprendizaje sigue siendo la misma. La Universidad debe asegurarse de que sus cambios respondan a su misión de educar y formar pensamiento crítico, en lugar de seguir modas pasajeras.

Este es el gran desafío de la educación universitaria en el siglo XXI. No se trata solo de incorporar nuevas tecnologías o de transformar la enseñanza para hacerla más atractiva. El reto fundamental es discernir qué cambios realmente fortalecen la misión de la Universidad y cuáles pueden debilitarla. La clave no está en resistirse a la transformación ni en aceptarla sin reservas, sino en lograr una evolución que respete los principios fundamentales de la educación superior. Innovar no significa descartar la tradición, sino construir sobre sus bases. La Universidad del futuro no será aquella que adopte más tecnología, sino aquella que sepa mantener vivo su compromiso con el conocimiento en un mundo en constante cambio.

III. Importancia de la búsqueda desinteresada de la verdad

La identidad de una universidad no es un mero ideario escrito ni una simple declaración de principios. Se trata de una realidad viva que se manifiesta en los valores, actitudes y creencias compartidas por sus miembros. Es un modo de ser y actuar que define el quehacer académico y la función educativa de la institución. En este sentido, la búsqueda desinteresada de la verdad constituye no solo un elemento central de la universidad, sino su razón de ser. Sin ella, la universidad pierde su propósito y se convierte en un espacio de mera transmisión de información o de instrumentalización del conocimiento al servicio de intereses particulares.

Si una institución educativa no tiene entre sus fines la búsqueda de la verdad, difícilmente podría llamarse universidad. Como ya se mencionó, desde su origen en la Edad Media, las universidades fueron concebidas como espacios de indagación y debate racional, donde la confrontación de ideas permitía alcanzar un conocimiento más sólido y fundamentado. Sin embargo, en la actualidad se ha extendido la idea de que la verdad es inaccesible o, en el mejor de los casos, que solo es posible obtener datos útiles para la organización de la sociedad. Esta perspectiva relativista desestima el valor intrínseco del conocimiento y transforma la educación superior en un simple instrumento de eficiencia técnica. En este contexto, la universidad se enfrenta a una disyuntiva clave: ceder a esta tendencia pragmática o reafirmar su compromiso con la verdad como fin ineludible.

Uno de los argumentos más sólidos en defensa de la búsqueda de la verdad lo ofrece el filósofo Charles Peirce, quien sostiene que la esencia de la verdad radica en su “resistencia a ser ignorada” (Pierce, 1902). Esto significa que la verdad no es una construcción arbitraria ni una simple convención social, sino una realidad que se impone a quien se acerca a ella con rigor intelectual. En el contexto universitario, esto implica que el estudio debe orientarse hacia el descubrimiento de lo verdadero y no hacia la confirmación de lo que uno desea encontrar. Para el profesor y el investigador, este principio exige un compromiso ético con el conocimiento: enseñar con la convicción de que los alumnos son capaces de comprender y razonar, y

fomentar un ambiente donde el aprendizaje sea un acto de respeto tanto hacia el estudiante como hacia la verdad misma. La universidad, en este sentido, no puede convertirse en un espacio donde se impongan ideas prefabricadas o donde la educación se reduzca a la repetición de dogmas, sino en un lugar donde la verdad se explore con libertad y profundidad.

Defender la búsqueda de la verdad no significa sostener que hay un solo camino para alcanzarla. De hecho, el pluralismo es una condición esencial del conocimiento. Hay maneras mejores y peores de pensar sobre las cosas, y el contraste con la experiencia y el diálogo racional nos permite discernir entre ellas (Nubiola, 2018). Esto implica que la universidad debe ser un espacio donde se fomente el debate, la confrontación de ideas y la apertura a distintas perspectivas. Sin embargo, esta pluralidad no equivale a un relativismo absoluto donde todas las opiniones sean igualmente válidas. La pluralidad de la razón significa que ningún punto de vista agota la realidad, pero también que algunos enfoques son más rigurosos, mejor fundamentados y más acordes con la verdad que otros. El diálogo universitario debe permitir esta distinción y propiciar una evaluación crítica de las ideas en función de su solidez argumentativa. En un mundo donde la cultura de la cancelación se ha convertido en un fenómeno dominante y donde la argumentación ha sido reemplazada por consignas ideológicas, la universidad tiene la responsabilidad de resistir estas tendencias. El ambiente universitario no puede convertirse en un espacio donde se eviten las opiniones contrastantes por temor a la controversia, ni donde la corrección política determine los límites del conocimiento. El compromiso con la verdad exige valentía intelectual y disposición al debate. Solo en un contexto donde se respeten las diferencias y se fomente la discusión racional puede surgir el verdadero conocimiento. De hecho, el respeto auténtico no se logra negando la propia identidad, sino afirmándola y permitiendo que el otro haga lo mismo. En este sentido, la universidad debe ser un espacio de respeto mutuo donde las disputas y confrontaciones intelectuales no sean motivo de censura, sino una oportunidad para el crecimiento y la comprensión (Vigo, 2023).

La búsqueda desinteresada de la verdad es el eje sobre el cual debe girar toda universidad. No es un principio negociable ni una aspiración secundaria, sino la razón misma por la que existe la institución universitaria. Sin ella, la educación superior pierde su misión y se convierte en una estructura vacía. En una sociedad que a menudo relativiza la verdad o la instrumentaliza con fines políticos o económicos, la universidad debe reafirmar su compromiso con el conocimiento libre, crítico y plural. Solo así podrá seguir siendo un espacio donde el pensamiento florezca y donde la razón humana continúe su búsqueda incansable por comprender el mundo en toda su complejidad.

IV. Universidad como apuesta por la comunidad intelectual

Otra de las características esenciales que justifican seguir llamando universidad a esta institución es su naturaleza como un espacio donde el saber se construye colectivamente. En él, estudiantes y académicos no solo participan en la transmisión del conocimiento, sino que forman parte de una tradición de pensamiento. Además, la formación universitaria va más allá de la simple adquisición de información, ya que implica un proceso de integración en una comunidad intelectual que fomenta el diálogo, la reflexión y el desarrollo crítico. Sin embargo, en la actualidad, la idea de universidad como comunidad está siendo erosionada por diversas fuerzas que la reducen a una institución meramente funcional, orientada a la entrega de certificaciones y a la capacitación para el mercado laboral. Esta transformación ha debilitado la experiencia universitaria y ha generado una crisis en su identidad misma, cuestionando no solo su rol en la sociedad, sino incluso la necesidad de su existencia frente a nuevas formas de acceso al conocimiento.

El proceso de fragmentación que ha sufrido la universidad no es un fenómeno reciente ni aislado. Ha sido el resultado de una progresiva disolución del sentido comunitario en favor de un individualismo que ha convertido la educación superior en una transacción más dentro del engranaje económico. A medida que el conocimiento ha sido sometido a una lógica de utilidad inmediata, la universidad ha dejado de percibirse como un lugar donde se comparte la búsqueda de la verdad para

transformarse en un servicio que cada estudiante “consume” según sus propios intereses (García Huidobro, 2020). Esta dinámica ha reforzado la idea de que el aprendizaje es un proceso individual y acumulativo, donde cada quien avanza por su cuenta con el único objetivo de obtener credenciales que faciliten su inserción en el mundo profesional. Lo que antes era un proyecto compartido de exploración y crecimiento intelectual ha sido reducido a una serie de pasos burocráticos que certifican competencias aisladas sin un sentido profundo de pertenencia a una tradición o a una comunidad.

La erosión de los vínculos comunitarios dentro de la universidad también se ha visto reforzada por una creciente instrumentalización del conocimiento. A medida que la educación superior ha sido absorbida por las exigencias del mercado y las políticas de financiamiento, los espacios de debate y reflexión han sido desplazados por un enfoque centrado en la eficiencia y la productividad. La formación universitaria ya no es concebida como una instancia de desarrollo integral, sino como un mecanismo para la optimización de habilidades técnicas. En este contexto, la universidad ha dejado de ofrecer un marco en el que los estudiantes puedan situarse en una tradición de pensamiento, despojándolos de la posibilidad de integrarse en una comunidad académica que les reconozca como participantes de un proyecto intelectual mayor.

Este deterioro de la universidad como comunidad ha llevado a muchos a preguntarse si sigue siendo una institución relevante en un mundo donde existen múltiples alternativas para el aprendizaje. Con el auge de plataformas en línea y programas de certificación independientes, el acceso al conocimiento se ha diversificado enormemente, lo que ha llevado a algunos a considerar que la universidad podría ser prescindible. Sin embargo, lo que distingue a la universidad no es únicamente la posibilidad de acceder a información o desarrollar competencias específicas. Lo que la hace única es el hecho de que el aprendizaje que en ella ocurre no es un proceso aislado, sino un camino de integración dentro de una comunidad intelectual que reconoce y valida la formación de sus miembros. En la universidad, el saber no solo se adquiere, sino que se comparte, se discute y se confronta en un contexto en el que cada estudiante es reconocido como parte de una tradición académica. Este reconocimiento es lo que otorga sentido a la formación universitaria y lo que

diferencia radicalmente a la universidad de otras formas de enseñanza. Mientras que en un curso en línea se pueden adquirir conocimientos, en la universidad se obtiene un lugar dentro de una comunidad que respalda y valida ese aprendizaje.

Este sentido de pertenencia no es un mero formalismo ni una idea romántica sobre la educación, sino un elemento esencial de la experiencia universitaria. Pertenecer a una comunidad académica significa haber pasado por un proceso de formación en el que el estudiante no solo ha adquirido conocimientos, sino que ha sido reconocido por otros miembros de esa comunidad como alguien que ha alcanzado cierto nivel de comprensión y madurez intelectual. Esta validación mutua es lo que permite que el aprendizaje universitario tenga un peso social y epistemológico que no se encuentra en otras formas de educación. No se trata simplemente de que un estudiante haya cumplido con ciertos requisitos, sino de que ha sido integrado dentro de un cuerpo académico que da continuidad a una tradición de pensamiento. Solo en la universidad el aprendizaje adquiere esta dimensión de reconocimiento y pertenencia, ya que no se limita a la transferencia de información, sino que implica una inserción en una estructura de conocimiento en la que los saberes se construyen y se transforman en diálogo con otros.

Si la universidad ha de seguir siendo relevante en el futuro, debe resistir la tendencia a reducirse a una institución puramente instrumental y reafirmarse como una comunidad académica en la que el saber se cultiva de manera colectiva. Para ello, es necesario recuperar la idea de que la educación superior no es simplemente un medio para alcanzar una meta individual, sino un espacio donde el conocimiento se construye en conjunto y donde la pertenencia a una comunidad de saber es fundamental para la legitimidad de la formación. En un mundo que tiende a la fragmentación y a la mercantilización de todos los aspectos de la vida, la universidad debe reivindicarse como un lugar donde el aprendizaje no es solo una acumulación de información, sino una experiencia de integración en un proyecto intelectual compartido.

El desafío de la universidad en la actualidad es, por tanto, recuperar su esencia como comunidad académica y resistir las presiones que la han transformado en un mecanismo de certificación más dentro del sistema económico. Para lograrlo, debe

reafirmar la idea de que el conocimiento es un bien que solo cobra sentido en el marco de una tradición intelectual que reconoce a quienes lo cultivan y lo transmiten. Solo así podrá seguir cumpliendo su misión de formar ciudadanos críticos y comprometidos con la verdad, y solo así podrá continuar siendo un espacio de encuentro donde el saber no se reduzca a una mercancía, sino que sea el fundamento de una comunidad viva, en constante diálogo y evolución.

Conclusión

La Universidad enfrenta un momento decisivo: redefinirse sin diluirse, cambiar sin perder aquello que la ha hecho indispensable. No es la primera vez que atraviesa una crisis de identidad, pero lo que distingue este cambio de época es la magnitud de la ruptura con los marcos conceptuales previos. Su desafío no es solo adaptarse a nuevas exigencias, sino hacerlo sin ceder a la fragmentación del conocimiento, la mercantilización del saber o la disolución de su comunidad intelectual.

Su permanencia no depende de aferrarse al pasado ni de rendirse ante la inmediatez del presente, sino de su capacidad para preservar aquello que la hace esencial: la búsqueda incansable de la verdad, la formación de ciudadanos críticos y la construcción de un espacio donde el conocimiento siga siendo una empresa compartida.

Como toda tradición viva, la Universidad florece cuando sus raíces son profundas. Si olvida su fundamento, se marchita; si se aferra a lo ya dado, se estanca. Su desafío no es solo resistir el tiempo, sino crecer con él. Solo aquellas instituciones que saben echar nuevas ramas sin desgarrar su tronco pueden seguir ofreciendo sombra y frutos a quienes vendrán después.

Referencias

1. Deneen, P. J. (2018). ¿Por qué ha fracasado el liberalismo? (D. Cerdá, Trad.). Ediciones Rialp. (Trabajo original publicado en 2018 como: Why Liberalism Failed? Yale University Press).
2. Fischman, W. & Gardner, H. (2022). The Real World of College: What Higher Education Is and What It Can Be. The MIT Press.
3. García-Huidobro, J. (2020). Comunidad: La palabra que falta. Tirant Humanidades.
4. Llano, C. (2003). Repensar la universidad ante el nuevo milenio. Ediciones Universidad de Navarra.
5. Nubiola, J. (2018). Libertad, verdad, cordialidad: El diálogo como clave de la vida universitaria. Ponencia presentada en la Jornada sobre la identidad de la universidad: El diálogo universitario, V Seminario “Identidad de la institución universitaria”, Universidad de Navarra, 17 de mayo de 2018.
6. Peirce, C. S. (1902). Collected Papers, CP 2.139.
7. Vigo, A. (2023). La universidad entre la ciencia y la visión del mundo. Conferencia magistral impartida en la Universidad de los Andes.